

ROSARIO MEDITADO

Sírvanse de estos textos para, en el momento de proclamar cada uno de los misterios, preceder a las oraciones, con la lectura de los mismos.

MISTERIOS GOZOSOS

La Anunciación

Enviado Gabriel a visitar a María, hízole la pregunta de la cual el Reino de Dios esperaba respuesta.

María, turbada, escuchó su corazón, pregunto sobre cómo y, con franqueza fiel, pronunció su *fiat: hágase en mí según tu palabra.*

María, haciendo uso de la libertad que Dios le dio, consintió la Encarnación; acudió, en su súplica, al corazón del Padre.

La visitación de María a su prima Sta. Isabel

Conocida, por María, la maternidad de Isabel, esposa de Zacarías, prima suya, acude a prestarle auxilio.

Por las montañas de Judá sus pasos, santas estelas de Dios, buscan para encontrar reposo en aquel corazón.

Y al saludarle el niño, Juan sería, precursor, antesala del que viene, salta de gozo en el vientre de su augusta madre.

“Bendita tú eres”, dice Isabel, agradeciendo la visita de la madre de su Señor, no comprendiendo el porqué de tal hecho.

El nacimiento del Hijo de Dios en Belén

Llegado el día del alumbramiento es Belén el lugar escogido. Un establo. En ese lugar de pobreza terrena donde la haya, acoge a esta luz que viene a alumbrar nuestra oscuridad.

Pastores cercanos, sabios lejanos llevados de una fe que no conocen pero que les atrae, lugareños que anhelan la llegada del Mesías que les saque de esa triste existencia, adormilado caminar por su mundo de reglas... le reciben con gozo y esperanza.

En Belén se ha hecho claridad en la noche del mundo.

La Purificación de Nuestra Señora

Nacido el Niño Dios ha de acudir, al Templo, María, madre inmaculada, para purificar y cumplir con la ley.

Simeón y Ana reconocen la estirpe que les ha llegado y tienen entre sus manos. Ya pueden acudir al Padre porque también cumplió su Palabra con ellos.

Purificada la nunca impura, por cumplir con la ley de los hombres, María regresa a su casa, a guardar todo en su corazón.

El niño perdido y hallado en el Templo

Como es propio de la Pascua, acuden junto a muchos, a la ciudad Santa, Jerusalem.

De regreso no hay al niño y buscan con desesperación de padres. Lo buscan y regresan al Templo, esperando encontrarlo allí, ya perdida la esperanza.

Entre los sacerdotes está, preguntando sobre la Ley y los Profetas. Allí le encuentran, haciendo el trabajo que su Padre, Abbá amado, le encomendó.

Pero María, no sin tristeza por lo hecho, perdona y guarda, en su corazón, esas palabras ahora tan extrañas.

MISTERIOS LUMINOSOS

El Bautismo del Señor en el Jordán

Cumpliendo la voluntad del Padre, Jesús, *Emmanuel*, acude a Juan, primo y elegido para descubrir el hacha que está preparada.

Al igual que en la creación *raugh elohim* –el espíritu de Dios- sobrevolaba las aguas, el mismo Espíritu sobrevuela, ahora, a Cristo, enviado como el Mesías que todos esperan.

El desierto, el silencio y la oración esperan del Hijo el verdadero cumplimiento de todo lo escrito.

Las bodas de Caná

Escasos, aún, los discípulos, acuden a esta boda. María acompaña para interceder por los necesitados.

Sucumbe, Jesús, ante la petición de la Inmaculada. “*No tienen vino*”. No puede decaer la felicidad, el néctar del hombre ha de ser signo de lo nuevo.

Agua para las purificaciones de doctrinas que apartan al pueblo del Padre, luz que oscureció el rostro buscado.

Y Jesús, ante la Madre, no puede negar esa merced, no quiere dejar de hacer su voluntad, su atento ver, su cotidiano buscar para bien de los hijos.

El anuncio del Reino de Dios

Jesús ha de cumplir su misión. El Reino de Dios espera. Por eso busca el momento oportuno para proclamar que ya, al fin, ha llegado.

Ante sus oyentes ofrece la conversión, la posibilidad de recibir, ya, la gracia del Padre, el mensaje que entrega de sí mismo para gozo del mundo.

Así podemos caminar en la seguridad de su presencia; paso a paso en nuestro quehacer.

Y conversión que continúa, procurando la demanda de perdón ante la ofensa. Para seguir adelante con Él.

La transfiguración del Señor

Santiago, y Pedro, y Juan... testigos del resplandor del Maestro.

Claridad, luz, testimonio perfecto del que esperan.

Moisés, Elías... profetas; profetas como Cristo; profetas que acompañan el momento.

En el monte, como tantas otras ocasiones... cerca de Dios... anhelado por el hombre.

Ante los primeros presenta su luz; con los segundos conversa de su amargo y deleitosos futuro inmediato: pasión buscada para cumplir la voluntad de Abbá amado.

“*Que bien se está aquí*”. Pedro, hombre, pegado al suelo natural, no comprende la sobrenatural presencia del hermano Jesús.

Pero queda, en sus corazones, esa imagen de la Gloria.

La institución de la Santísima Eucaristía

Para hacer su presencia perpetua, para comunicarse siempre con sus discípulos, para cobijarse en nuestros corazones... en la noche... la cena... el signo del pan y del vino. Para siempre, ya, con nosotros.

En recuerdo que hace presente su presencia, en una perennidad de su aliento, su alma era morada del Padre.

De ese espacio, pasado tiempo milenario, llega hasta aquí para que no perdamos memoria de su entrega. Y para que la hagamos nuestra.

MISTERIOS DOLOROSOS

La oración del huerto

Conocida, por Jesús, llegada la hora que ya sólo sería del recuerdo, acude en oración al Padre.

Transido del dolor que conoce, sabedor de la maldad del hermano, ruega piedad a Abbá amado.

Conocida, por Jesús, la voluntad del Creador, entrega su cuerpo al mismo destino que le tenía reservado.

Empapa el suelo con gotas de sudor y de sangre, cáliz amargo que bebe entonces y, ya, siempre.

La flagelación del Señor

Pilato, poder romano y liberador en falso, acomete la atrocidad más atroz: libera a Barrabás por miedo al decaer de su poderío y Jesús, atado cual cordero que va al matadero, sufre las acechanzas de los instrumentos de tortura.

Y mientras sufre, tal es su misericordia, perdona a sus verdugos. Y mientras su cuerpo acapara el látigo y el flagelo, supera ya lo humano su condición.

Un golpe tras otro lo acercan al Reino del Padre. Un golpe tras otro intensifica su ganada Gloria.

La coronación de espinas

Necesitan la mofa y el escarnio. Tal es la maldad inhumana de quien asesta el golpe.

Caña por cetro, raída tela por túnica de rojo color pasión, roja sangre derramada.

Y lo saludan como Rey. Pero no como Rey del Universo sino como Rey de la oscuridad que son, como Rey de su depravada humanidad.

Vemos a Cristo erguido, superando todo mal, encaminado hacia su martirio, digno entre todas las dignidades.

La cruz a cuestas

Hace del madero su compañía Santa. De Cirene viene, obligado, obligación que tanto amaré luego, comunión de manos que acompañan su dolor.

Camino del Calvario, las calles de Jerusalem oyen los gritos desgarrados de los que sufren su final.

María alcanza su rostro. Acaricia ese regio ser. Dolor, amado sufriente, amorosamente digno. Se ve ya el monte, y los instrumentos preparados.

Se están abriendo las puertas del cielo, sus goznes están siendo regados con sangre que libera, salva, justifica.

Jesús muere en la cruz

Todo se ha consumado. El Templo se rasga, el mundo pierde al Mesías y Dios gana al Hijo.

Perdonando. Muere para vivir pidiendo clemencia para sus captores, que ignoran su ignominia.

Y danzan, en el cielo, ángeles y arcángeles.
En esto, Dios, también cumplió su promesa.

MISTERIOS GLORIOSOS

La Resurrección del Señor

Tristes pasan las horas desde que el velo del templo rasgara su finitud en el óbito, muerte aparente de la luz, lucero que parece que se pierde; tristes los momentos de bajar el cuerpo, triste ante la desesperanza que parece cernirse sobre la vida de quien amó al Hijo y que, en soledad doliente, velan su pena con su ardiente recuerdo.

Pero buscado... no está el cuerpo del Mesías. María, de Magdala no haya... desapareció de su humana vivencia. Porque era la voluntad del Padre... desapareció para cumplir su Palabra.

La Ascensión del Señor

Estando en ese instante sobrecogidos con la gracia, bendecidos por la mano de quien había resucitado, esperando más palabras de su Maestro amado, miran como su cuerpo deja la humana tierra, se eleva en una nube, se pierde de todos sus ojos, asciende nuestro origen, parte pleno hacia Dios.

Ha vencido a la muerte, iniquidades sin término dejan de lado su vida; sube, encuentra, para llegar al Padre, vence para ilusionar el corazón de sus hijos; para que sepan, con certeza, que una vida nueva les espera, que nos preparará, para todos, espacio donde quedarse, para que gocemos, con Él, de la visión más admirable, para que sepamos que, por Él, perdonados hemos quedado.

La venida del Espíritu Santo

Cincuenta días tras la resurrección de Cristo, el Pentecostés esperado, comparten momentos de dicha sintiendo que su persona, Dios humanizado, había subido al Reino para enviarles su mano, para que su lengua divina les recobrara al amarlos, para que la fuerza de su estela dejara la más clara huella.

Ante presentes y ausentes, quienes miran la escena comunican la Palabra y entienden en sus lenguas, y comprenden el cumplimiento de la promesa que Él hiciera.

Ya no hay miedo, ni desazón, ni tristeza. Tan sólo ansia de mundo, de luz que dar, de almas nuevas que traer al Padre.

La Asunción de nuestra Señora

Por no dejarse vencer por el maligno y esperar, paciente, que se cumpliera la profecía y sintiera la espada su corazón atravesar; por recorrer, tras el Hijo, el camino golgotario y de terrible recuerdo, amando, así, esa gloria; por esperar, amante, el momento álgido del fin, entregando su ahora a la voluntad de Dios; por haber aceptado la Revelación y ser espejo fiel para el Hijo, por haber servido como esclava del Padre, por haber hecho de su cuerpo refugio, por haber dado fin al olvido a tener en su corazón cada paso de Cristo, por haber sido el resplandor de la sabiduría y la hermosura del amor haber encarnado.

Quiso Dios, por esto y lo ignorado y que sólo Él sabe, que encontrase lugar en su Reino, acomodo en su Reino, incorrupción en su Reino

Y por eso es reclamada por el Padre. Asunta, intercesora para siempre. María, Madre.

La Coronación de María Santísima

María, enojado corazón de Dios, Madre que ama al Hijo sobre todo, luz que alumbra la necesidad de nuestro paso; María, recibiste corona de gloria de las manos de Dios.

Tú que sobre todo, reinas; que, sobre todo, formas los sueños de los hombres, tú que, con la vitalidad gigantesca de tu poder de Madre... das a nuestro corazón el vuelo que nos lleva hacia Cristo.

A ti, María Madre, a quien adoran los ángeles, y los patriarcas aman, los profetas miran y los Apóstoles sienten; a ti, María Madre, Reina sobre nosotros, que bajo Dios todos miran como manto sobre el que lloran las lágrimas; a ti, María Madre, Virgen dolorosa a quien dirigimos las súplicas, que tus manos acaricien nuestro corazón porque el Padre ha coronado tu immaculado corazón.

